

**ZONA  
LIBRE**

# **La venganza de la vaca**

Sergio Aguirre

 **Norma**

**ZONA  
LIBRE**

# **La venganza de la vaca**

**SERGIO AGUIRRE**

 **Norma**

[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,  
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,  
San José, San Juan, Santiago de Chile

Aguirre, Sergio

La venganza de la vaca / Aguirre, Sergio. – 2a ed . 5a reimp. –  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2016.  
116 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-545-565-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.  
CDD A865

© Sergio Aguirre, 1998  
© Editorial Norma S.A., 1998  
para todo el mundo.  
San José 851, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total  
o parcial de esta obra, por cualquier medio,  
sin permiso escrito de la editorial.

Primera edición: marzo de 1998  
Segunda edición: marzo de 2013  
Quinta reimpresión: marzo de 2016

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección Editorial: María Candelaria Posada  
Dirección de arte: Julio Vanoy  
Diseño de tapa: Romina Rovera  
Imagen de tapa: Sherrie Thai  
Diagramación: Ana Inés Rojas

CC: 29005677  
ISBN: 978-987-545-565-8

# **CONTENIDO**

<i>Capítulo uno</i>	9
<i>Capítulo dos</i>	13
<i>Capítulo tres</i>	19
<i>Capítulo cuatro</i>	27
<i>Capítulo cinco</i>	51
<i>Capítulo seis</i>	73
<i>Capítulo siete</i>	87
<i>Capítulo ocho</i>	107



*The Times, Octubre 9, de 1994*

## **TRAGEDIA EN SOTHERSBY FARM**

Un hecho insólito y desgraciado conmocionó Sothersby Farm durante la mañana del día de ayer. Según el testimonio de unos empleados de la granja que estaban presentes y se vieron sorprendidos por el suceso, una vaca acorraló a un niño de once años que en esos momentos se encontraba dentro del establo. El niño fue embestido repetidas veces por el animal hasta quedar sin vida.

No pudieron ser determinadas las razones que llevaron al animal a semejante conducta. Especialistas indican que una vaca solamente puede reaccionar de esa manera si se ve agredida, situación que no es la que aparentemente tuvo lugar en ese momento. El estupor y la indignación ganó a los lugareños de esa pequeña localidad del condado de Sussex. El animal fue sacrificado.



Le pareció que recién acababa de dormirse cuando ese ruido la despertó. Debió haber sido fuerte, porque ella tenía el sueño pesado. Se incorporó apoyándose en un brazo y esperó. No se escuchaba nada. Pensó que podía ser el viento, nuevamente, y como se había acostado asustada... la despertó.

La oscuridad era absoluta. Se acomodó para seguir durmiendo cuando sintió ese olor. Un horrible... olor a... ¿qué?... Quiso encender el velador. A tientas buscó la perilla pero no podía encontrarla, hasta que en uno de los movimientos de la mano la tocó. No se encendió. Decidió sentarse en la cama.



## *Sergio Aguirre*

Ahora podía sentir más nítidamente el olor. Era olor a excremento, a excremento de animal...

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Temblando trató de llegar hasta la puerta. Estaba abierta. (En ese momento no recordó que para desvestirse la había cerrado...) Salió al pasillo, el olor era más fuerte y quiso llamar a alguien, pero sólo le salió un balbuceo. Comenzó a caminar como una ciega con los brazos extendidos tocando las paredes. Quería encontrar alguna de las puertas de las otras habitaciones, cuando sintió bajo sus pies algo húmedo y pastoso. En ese momento comenzó a gritar. Tambaleándose y en puntas de pie quiso correr pero no dio más de tres pasos y tropezó con eso.

Cayó de bruces y en su pierna izquierda sintió los pelos.

Con un grito ahogado trató de levantarse, pero no pudo. Sentía que las piernas no le respondían. Comenzó a arrastrarse hasta que logró hacer pie. En ese momento se encendió una luz y la pudo ver: la cabeza enorme, con los ojos cerrados, en la mitad del pasillo.

Empezó a retroceder y dar alaridos sin dejar de mirar ese espantoso bulto que dejaba ver la lengua a un costado.

Con las manos en la cabeza, mientras retrocedía de espaldas a la escalera, tampoco pudo tocar el pasamanos, hasta que se sintió en el aire. Lo último que vio fue el techo y sus brazos haciendo movimientos desesperados para agarrarse de algo, mientras que sentía que comenzaba a caer...

## **Capítulo uno**

*(Marcela)*

Nunca me gustaron los velorios. Empezando por el olor. Cuando era chica creía que era el olor de los muertos, y en realidad son las flores. Parece que así, todas juntas, en coronas, dan ese aroma tan horrible de los velorios.

Leticia me avisó que la mamá de Rafael había muerto. No sabía nada, quiero decir, que estaba enferma. Pobre Rafael...

Me vestí tratando de no usar un color fuerte. Estoy un poco nerviosa. No sé por qué, a lo mejor porque es la primera vez que se trata de alguien que yo conocía, quiero decir, alguien con quien estuve, hablé, y además es

## *Sergio Aguirre*

la madre de un amigo mío y eso es la otra cosa: qué decirle a Rafael. Sé que nadie va a estar atento a lo que yo le diga pero no quiero pasar un papelón. Es estúpido pero es así. Le pregunté a mamá qué se dice en esos momentos y me miró como extrañada con la pregunta: “Nada, qué le vas a decir. Vas para acompañarlo en ese momento”. Me dio vergüenza haberle preguntado. La verdad es que con dieciocho años se supone que ya sé qué decirle a un amigo en el velorio de la madre.

Van a estar todos. Creo que me da un poco de miedo volver a encontrarlos. No sé por qué. O sí sé y es porque siempre tuve la sensación de que ese grupito era muy cerrado. Las veces que estoy con ellos no dejo de sentirme como sapo de otro pozo, y hasta me extraña que Leticia me haya avisado del velorio.

A lo mejor son cosas mías y me quieren más de lo que pienso, qué se yo, no sería la primera vez que no me doy cuenta de algunas cosas, como cuando Raúl me dijo que estaba enamorado de mí desde el tercer año y yo ni enterada.

Eran cosas mías, nomás. Y estaban todos; Rafael, por supuesto, Leticia, Carlos, Manuel, y Cristina y me trataron como una de ellos. Como no conocíamos a nadie nos fuimos a otra salita, menos Rafael, pobre, que por ahí venía, creo que para que Cristina lo abrazara y se volvía a ir cuando llegaba algún pariente. No hablamos del colegio y eso me gustó. La verdad es que yo no tengo mucha nostalgia, es más, estoy feliz de haber terminado la secundaria y no tener que verle la cara a varios...

*(Leticia)*

Nos cayó como un balde de agua fría, pobre Rafael. La última vez que lo vi me dijo que la madre estaba un poco decaída pero en ningún momento me dio a entender que fuera grave, o a lo mejor él no lo sabía, pobrecito. Debe ser horrible. Cuando Cristina me llamó por teléfono me largué a llorar como una loca, no sé, empecé a temblar y se me llenaron los ojos de lágrimas y papá a mi lado preguntándome qué había pasado y yo que no podía hablar, pensaba en Rafael, en su mamá, pero lloraba porque en ese momento *me acordé de lo otro, el año pasado*.

La muerte es horrible. Me duele y me da bronca. Creo que por eso mi primer impulso fue llamar a Marcela. *Decirle*.

Le avisé y le pedí que fuera al velorio.

*(Carlos)*

Rafael estaba muy mal. Nunca lo había visto así y eso me impresionó un poco, quiero decir, hay personas que uno no puede imaginar llorando, o desesperados y cuando los ve, no sé, es como si fueran otros. Me dio tanta tristeza que en un momento sentía que si lo seguía mirando me largaba a llorar yo también; no era por la mamá, sino de verlo a Rafael.

Estábamos todos, fue un poco revivir lo del año pasado. Pero ahora también estaba Marcela. Supuse que Leticia le había avisado, como quedamos. Cristina pareció adivinar mi pensamiento porque en un momento se me acercó y me dijo que teníamos que juntarnos, que

## *Sergio Aguirre*

ya era tiempo y que disponía de la casa del abuelo en Las Vertientes. Sólo había que planificarlo.

### *(Manuel)*

Ni bien llegué y los vi a todos, y a Rafael llorando, no dudé que lo teníamos que hacer. A eso de las dos de la mañana me fui con Leticia y a las dos cuabras paramos en un café. Me contó que Cristina tenía la casa y que debíamos juntarnos para organizarnos. Pensamos que habría que esperar un tiempo, por Rafael, porque si alguien tenía que estar era él.

### *(Cristina)*

Ya sé que es morboso, pero no puedo evitarlo. Apenas se durmió Rafael volví a casa. Cuando estaba en la cama abrí el cajón de la mesita de luz para ver de nuevo el recorte del diario. Me dio miedo. Es la primera vez que me da miedo.

## **Capítulo dos**

La casa del abuelo de Cristina era perfecta para los días de Semana Santa. En las afueras del pueblo, sin vecinos, la casona había pertenecido a la familia desde principios de siglo, cuando Las Vertientes no existía como pueblo y en la zona sólo había algunas estancias, muy separadas unas de las otras, y de las cuales esa casa era el casco de la que pertenecía al bisabuelo de Cristina. Con el paso del tiempo, y después de algunas malas épocas que obligaron a vender grandes parcelas de tierra, quedó finalmente un gran parque repleto de robles y pinos, y en el centro, la casa, a la que se llegaba después

## *Sergio Aguirre*

de caminar un largo trecho bajo la sombra cerrada del bosque de casi cien años.

Por un capricho de la bisabuela de Cristina, la casa había sido diseñada en un estilo gótico que la hacía parecer más una pequeña iglesia europea que una estancia. Construida totalmente en piedra, estaba cubierta de musgo y enredaderas, que, al secarse, en invierno, le daban un aspecto de abandono y de vejez que producía tristeza o cierto temor.

Esa mañana amaneció frío.

Para ir a Las Vertientes, Carlos primero debía viajar a Córdoba. Vivía en un pequeño pueblo llamado Los Molles, al norte de la provincia. Después de terminar la secundaria, había decidido, que por ese año no iría a la Universidad y se quedó en el campo. A veces extrañaba a su tía, con la que había vivido en la ciudad, y más extrañaba a sus amigos del colegio, las salidas imprevistas, ir a bailar o todos al cine y a la salida comer en casa de Leticia, que vivía en el centro y la madre siempre tenía algo rico, sobre todo cuando ellos no tenían plata.

Se levantó a las cinco de la mañana. Desde Los Molles hasta Córdoba tenía dos horas, allí debía encontrarse con Manuel y otras tres hasta Las Vertientes: calculó que llegarían al mediodía.

Todavía era de noche cuando salió de su casa. Él mismo se había preparado el desayuno tratando de no hacer demasiado ruido, porque sabía que si su madre se despertaba tendría que escuchar nuevamente todas

las recomendaciones que ya había escuchado la noche anterior. "Pobre...", pensó, "me pide que me cuide...", ni se imagina *lo que está pasando...*"

Mientras esperaba el ómnibus en la terminal, recordó la llamada de Leticia avisándole que debía preparar todo. La reunión se llevaría a cabo en Semana Santa y en la casona de Las Vertientes. Habían pasado un fin de semana allí, hacía dos años, pero aquella vez lo hicieron para divertirse.

Ya en la ruta se acomodó para dormir. Le había tocado el asiento al lado de la ventanilla. Se levantó la solapa de la campera para cubrirse del aire frío que le daba en el cuello; se acurrucó dándole la espalda a la señora que estaba sentada a su lado, y, antes de cerrar los ojos, pudo ver cómo las primeras luces del día iluminaban los sembradíos, unos cipreses haciendo hilera al costado de una casa y, por todos lados, las vacas, que, a esa hora, comenzaban a pastar.

Leticia le había dicho que a las nueve la pasaría a buscar y eran las nueve y media y todavía no llegaba. De haber sabido se quedaba un rato más en la cama. Odiaba levantarse temprano. Siempre, desde chica, cuando iba a la escuela. Por eso nunca organizaba nada para la mañana y había elegido los horarios de tarde en la facultad. Pero esto era distinto. No podía decirle a Leticia que ella iría después del mediodía porque a la mañana dormía. Le daba miedo quedar como una perezosa o algo así. Por momentos se sentía –no sabía explicarlo– juzgada por sus compañeros. Pensó, mientras



esperaba a Leticia, que no siempre disfrutaba estar con ellos. En realidad jamás la habían tratado mal –no podía decir algo así–, no era eso, sino gestos... como si le ocultasen algo... o cosas que la hacían sentir diferente. No importaba; la habían invitado a las sierras y ella no pensaba desperdiciar la invitación. Unos días en Las Vertientes le vendrían bien.

Tocaron la puerta. Debía ser Leticia. Se levantó rápidamente de un sillón hamaca en el que estaba medio recostada y fue a abrir.

A Leticia le pareció que Marcela estaba medio dormida cuando le abrió la puerta. Se disculpó por la demora y le pidió que la invitara con un café o cualquier cosa caliente. Mientras entraba le explicó que se había quedado dormida y cuando se despertó y vio la hora salió volando y no tomó nada. Y hasta que llegaron no iba a aguantar con el estómago vacío.

Tomaron un café con galletas antes de subir al taxi que las llevó hasta la terminal de ómnibus. A Leticia le causaba gracia ver cómo el aire frío de la mañana iba despertando cada vez más a Marcela: los ojos se le deshinchaban y hablaba más rápido, como lo hacía siempre. Antes de subir al ómnibus compraron cigarrillos y unas pastillas de menta; los cigarrillos para Marcela y las pastillas para Leticia, sin azúcar, por sugerencia de su amiga.

–Me imagino que allá habrá algún lugar adonde pueda comprar cigarrillos –dijo Marcela una vez que estaba arriba del ómnibus–, si no, estoy frita porque ésta es la única etiqueta que llevo.

## *La venganza de la vaca*

—No sé qué decirte, supongo que sí, aunque seguro hay que ir en auto porque allá, cerca, no hay nada— le respondió Leticia.

El ómnibus cerró la puerta. Lentamente comenzó a moverse hasta tomar la rampa de salida de la terminal, donde finalmente aceleró. En la bajada, Marcela y Leticia sintieron un cosquilleo en el estómago.

No sabían que una de las dos no volvería del viaje que comenzaban.

El día anterior, al rato de sentarse y poner en marcha el auto, los vidrios comenzaron a empañarse. Rafael pensó que comenzaban los fríos más fuertes y ya no era una buena idea dejar el auto en el patio, sin entrarlo en la cochera. Se bajó del auto y se dirigió a la cocina. De un armario sacó una pequeña franela. Cuando la tuvo en sus manos recordó a su madre con la misma franela en las manos en las mañanas de la casa. Hacía más de dos meses que había muerto y lo seguían persiguiendo todos esos pequeños recuerdos que, pensó, no lo dejarían nunca.

Se fijó en la hora e imaginó que Cristina lo estaría esperando.

Cuando salió de la casa, camino a la de Cristina, revisó mentalmente todos los preparativos. Calculó que no llegarían a Las Vertientes antes de las dos de la tarde.

Cristina lo había previsto y preparó unos sándwiches. Estaba sentada en la mesa de la cocina, mirando la calle, cuando Rafael estacionaba el auto en la puerta de la casa. Tomó el bolso, que estaba a su lado, saludó

## *Sergio Aguirre*

a su mamá mientras escuchaba, impaciente, las últimas indicaciones, y salió justo en el momento en que Rafael estaba por golpear la puerta.

Se besaron y subieron al auto rápidamente. Una hora después, tras pasar, como también estaba previsto, por un supermercado, tomaron la ruta a una velocidad que los asustó cuando, más adelante, doblaron en una curva bastante cerrada.

“Tengo que tranquilizarme”, pensó Rafael, mientras le pareció ver, más tarde, la silueta de una vaca cruzar lentamente de una orilla a la otra del camino.

# La venganza de la vaca

Sergio Aguirre



¿Quién puede temerle a una vaca? Seis amigos, solos en una casa de campo, recuerdan, narran y descubren historias perturbadoras y terroríficas con vacas como indeseadas protagonistas. ¿Son fabulaciones o esos sucesos ocurrieron realmente? Una trama compleja y angustiante se urde bajo esa superficie, en apariencia amistosa. Y si nada es lo que parece, el miedo –sin dudas– sí es real.

**Norma**

[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

CC 29005677

ISBN 978-987-545-565-8



9 789875 455658